

## LA LECCION DE EL SALVADOR



Desde el 1º de Julio de 1976 la pequeña república de El Salvador -cuatro y medio millones de habitantes en una extensión de poco más de 20.000 kilómetros cuadrados- ha ocupado desusadamente los medios de comunicación. Hasta entonces tal o cual línea, tal o cual flash informativo, que hablaban de la pequeña guerra con Honduras de tan largas consecuencias, del fraude electoral que llevó al coronel Molina al poder, de las constantes persecuciones y muertes de campesinos, estudiantes... Pero desde esa fecha la información se ha multiplicado: periódicos de todo el mundo, reportajes de televisión, emisiones de radio, declaraciones del Papa, de Conferencias episcopales, dossiers de las más distintas organizaciones, actuaciones en el Congreso de los Estados Unidos, etc., etc. ¿Qué ha ocurrido para que se diese este cambio?

Han ocurrido ciertamente una serie de acontecimientos. Pero ni cada uno de ellos ni su conjunto explicarían la atención mundial. Fraudes, represiones, expulsiones del país, asesinatos, todo el conjunto de hechos que se podrán apreciar en este dossier suceden también en otros lugares y con mayor vesania que en El Salvador. ¿Por qué entonces esta atención especial?

La respuesta no es difícil. Lo acaecido en El Salvador presenta una secuencia tan lógica que, en un tamaño pequeño y, por lo mismo, menos complejo y más fácil de apreciar, representa una especie de modelo, una especie de experimento de laboratorio. Las circunstancias han sido tan límpidas, tan poco susceptibles de manipulación ideológica, que esta vez no ha sido fácil salirse por la tangente y poner a la cuenta de la subversión y del comunismo internacional lo que no ha sido en lo fundamental más que el grito libertario de un pueblo oprimido y de una Iglesia, que ha querido acompañar, siquiera en parte, a ese pueblo en su calvario sacrificial.

Efectivamente el 1º de Julio de 1976 un Gobierno ligeramente reformista proponía, al parecer con el decidido apoyo de las Fuerzas Armadas un pequeño paso en orden a la Reforma Agraria. Era un paso neocapitalista, pero que suponía implicaba dos posiciones significativas: se trataba de una medida no querida por la recal-



citrante oligarquía, a la que no se la había tenido en cuenta para tomar la decisión y se tocaba con alguna seriedad el derecho irrefragable de la propiedad de los medios de producción. Esto desató una batalla sin precedentes entre el capitalismo y el Gobierno; por primera vez aquél se atrevía con éste y éste decía cosas sobre la situación del país y ~~de las~~ sobre la causa de esa ~~situación~~ situación, que dejaban al descubierto la situación de opresión en que vivía el país. La batalla la acabó ganando el capital, lo cual le envalentonó sin medida y le permitió a lanzarse a una represión aniquiladora.

Al juicio del capital dos habían sido las fuerzas y según siendo las fuerzas que podrían poner en peligro sus derechos feudales: la Iglesia y las incipientes organizaciones campesinas. La Iglesia, como tal, no se había pronunciado por la Reforma Agraria en su forma concreta de presentarse -con exclusión de la Universidad llamada católica y su revista ECA, que sí lo había hecho y había razonado por ~~qué~~ y ~~campesinos~~ las organizaciones campesinas habían considerado que era inconveniente para su marcha de concientización y de organización. Pero el capital vio en la inspiración de la Iglesia y en su predicación concientizadora y liberadora el peligro más inmediato para su situación de prepotencia y la fuerza de mayor envergadura contra sus abusos. Si la Iglesia se convertía efectivamente en una Iglesia de los pobres; si lanzaba toda su fuerza en favor de ellos y en denuncia de los opresores; si se dedicaba a hacer realidad la fuerza liberadora del evangelio, las cosas podrían ponerse en mal trance; podría surgir un movimiento profundo e irreversible donde ya no sería tan hacedero tener a las inermes mayorías no sólo en absoluta miseria sino ~~pasivamente~~ además pasivamente calladas. Con otras fuerzas como los partidos políticos de oposición y aun con los grupos guerrilleros sabían ya como manejarse, pero no sabían cómo hacer con esta nueva situación que les planteaba la Iglesia y la posibilidad de unos campesinos conscientes de sus derechos.

Vino entonces la represión sangrienta. Vilmente fueron asesinados por grupos paramilitares dos sacerdotes con sus acompañantes; otros fueron apresados y torturados; otros expulsados del país o impedidos de entrar; fueron puestas bombas de gran potencia en ins



tituciones y obras de la Iglesia; finalmente vinieron las amenazas de muerte para los jesuitas si no dejaban el país en un plazo de un mes. Por el lado, de los campesinos, se recrudeció la persecución y la represión: fueron asesinados, apresados, torturados, muchos han desaparecido; en una operación estrictamente militar tomaron durante varios días toda la zona de Aguilares con el ánimo de aplastar a los campesinos y de amedrentar a la Iglesia.

Es aquí donde la reacción interna de la Iglesia y de los campesinos y la presión exterior de los medios de comunicación internacionales así como de diversos poderes políticos han obligado a la oligarquía y al Gobierno a iniciar un movimiento de repliegue. Lo que estimaban sencillo de conseguir se les ha convertido en un problema interno e internacional, como nunca lo habían previsto. No puede decirse ni mucho menos que la batalla ha terminado pues el repliegue del Gobierno es sólo aparente y de conveniencia, pero lo sucedido es ya de por sí significativo.

La oligarquía y el Gobierno han insistido en que ellos no persiguen a la Iglesia, que sólo atacan a curas comunistas y subversivos. Pero los hechos están contra ellos. En El Salvador el movimiento renovador de la Iglesia no ha venido de gentes con predominante vocación pastoral, que no se ha asustado de las consecuencias políticas de esa vocación, pero que lo que buscaba directamente es latransmisión viva de la totalidad del mensaje cristiano a los más oprimidos. El primer sacerdote muerto, a quien la oligarquía había amenazado ya de antemano y a quien tenía como enemigopreciado, no era de ningún modo un cura político y, mucho menos, era posible atribuirle afiliaciones o ideologías, distintas de la Iglesia y del evangelio; el Padre Grande cayó acribillado, así como el Padre Navarro, precisamente cuando iban a celebrar misa, uno en el campo y otro en la ciudad. El arzobispo de San Salvador, cuya candidatura había sido promovida por la oligarquía y por el Gobierno, no podía ser considerado como clérigo tercermundista ni podía haber dejado de ser hombre de Iglesia en quince días. La reacción entera de la Iglesia de la Arquidiócesis de San Salvador no permitía hablar de un grupúsculo de cristianos rebeldes. La conclusión ha sido que la Iglesia, precisamente por ser Iglesia, no tiene otro remedio que enfrentarse con los desmanes del capitalis-

mo, allí donde éste muestra su verdadera faz de pecado y de opresión.

La lección política de El Salvador muestra en vivo lo que es el poder opresor del capitalismo en situaciones muy primitivas, si se quiere, pero que no dejan de ser las de la mayor parte de la humanidad; lo que ha ocurrido en este último año muestra ya no la estructura de la dominación, tal como ha sido señalada una y mil veces por los teóricos de la dependencia, sino la dinámica misma de la dominación. Por otro lado, muestra cómo algunos apuntes de solidaridad internacional son capaces de frenar una actuación, que resulta escandalosa en cuanto se conoce.

La lección cristiana de El Salvador muestra en vivo también cómo sólo una Iglesia de los pobres, una Iglesia que tenga por primer destinatario el de las inmensas mayorías oprimidas y que vea en ello una dimensión esencial de su misión, es una auténtica Iglesia de Cristo. Ha habido una conversión de la Iglesia en El Salvador, por más que algunos Obispos de ella -entre ellos el vicario castrense- estén dando de espaldas a los oprimidos y al Jesús que dijo estar con ellos. El ejemplo de unidad y de martirio que ha dado la Iglesia de la Arquidiócesis muestra claramente donde está la fuerza de Cristo. Muestra también cómo no pueden dissociarse los anhelos de liberación de los oprimidos y el anuncio de salvación de la Iglesia. La crucifixión de los más necesitados y esto a mano de sus compatriotas es -lo dice el evangelio- la crucifixión del propio Cristo; esperamos que la resurrección de esas mayorías oprimidas sea también la resurrección plena del Dios encarnado en la historia, sufriente en la historia y resurgente en ella.

